
“VESTIDO DE BODA (O PIONERA EN EL INFIERNO)”



**XX CERTAMEN DE RELATOS BREVES SOBRE IGUALDAD DE GÉNERO DE
ARANDA DE DUERO**

*El primer besu que dí
fue a una neña del Fondon,
como taba trabayando,
tou me llenó de carbón.*

(Canción popular asturiana)

En un pueblo del Valle de Turón, Asturias, otoño de 1905.

Amanece en la víspera del día de Todos los Santos. A horas tan tempranas, la atmósfera está infectada por el aroma acre del humo que escupen las chimeneas de los humildes hogares que se esparcen por el valle. La luz malva del rosicler se enseñoorea de la cima de la colina, y entinta de melancolía las cruces de piedra blanca del cementerio, situado en la cota más alta de la comarca, quizá para que las almas, azuzadas por los rezos de sus deudos, alcancen antes el cielo. El aire es helador; sopla racheado e hiriente. Las bisagras de la cancela de la vetusta necrópolis chirrían lastimeras, como si les arrancasen de cuajo la costra de orín que las envuelve a modo de mortaja. La grey de mujeres vestidas de luto cruza el vano de acceso al reino de la muerte. Como manda la tradición, y mientras los hombres pimplan orujo en el chigre, las hembras del pueblo acuden a una cita ineludible con sus muertos, componiendo una procesión luctuosa, sus pasos racheados, y armonizados por el pesaroso doblar de campanas que se escucha a lo lejos, levantando un polverío en el camino de tierra.

Varios ancianos se han acercado a contemplar las labores de adecentamiento, pero no han movido un dedo para ayudar a las mujeres, que solo les ha faltado pedirles a ellas que les encendieran los cigarros que se han fumado durante las horas empleadas en arrancar las malas hierbas que invadían el camposanto. Luego de retirar la hojarasca que amortajaba las tumbas, con la que llenaron algunos sacos de arpillera, las madres, hijas y hermanas ponen oraciones y pena mientras engalanan las sepulturas con ramos de flores frescas y fragantes, para sahumar el recuerdo de sus seres queridos, que tan enraizado está en las entrañas de quienes perdieron a un hijo, o de quienes quedaron a expensas de la caridad de los familiares y amigos al perder a los esposos, pues la mina que se los arrebató hasta hace bien poco ha sido lugar vetado para las mujeres, aunque precisasen más que nadie de trabajar en ella para sacar adelante a sus familias.

Siete días han transcurrido desde que el paisanaje honró a sus difuntos con una misa intramuros del cementerio, entonces un ropón de nubes plomizas barruntando tormenta, el páter, los monaguillos y la feligresía tiritando ante los embates del viento que, helador, arremetía sin tregua contra los presentes. Pero aún siguen las lágrimas ahogando los ánimos de las mujeres, llantos que apenas cesan durante el mes de noviembre, humedeciendo la letanía de rosarios con la que imploran por el descanso eterno de sus seres queridos, mientras los hombres echan la partida de cartas o juegan al dominó, a veces jugándose el pan de sus hijos. Alguna cana y una semana más de vejez prematura y amargura se han echado encima, y ahora las mujeres de la comarca ya tienen de nuevo un pesar que les oprime el pecho y les hace tener el alma en vilo. Porque presienten que junto a ellas, acosándolas como una sombra agorera, progresa la certeza de que tendrán que completar de nuevo el camino que conduce hasta la misma cancela del cementerio; que apenas sea abierta la verja tendrán que oír de nuevo el gemido lastimero de los goznes, recubiertos por un lienzo de herrumbre. La superchería, a la que se agarran muchas de ellas para olvidar la mala vida que les dan los hombres —no faltan desprecios, insultos y golpes en sus vidas—, hace que se vean de nuevo, con el ánimo desfallecido y desgarrados sus corazones por el dolor, siguiendo otro cortejo de féretros que serán llevados a hombros por individuos curtidos, tal vez por mineros a los que la Parca miró de frente para después, por alguna extraña razón que nadie alcanza a entender, terminar por desentenderse de ellos.

Las mujeres del valle —viudas, huérfanas, hermanas y madres, todas ellas fraternizadas en un coro de desolación— se sobresaltan al unísono. Ya vislumbran que volverán a ser acompañadas por un séquito de duelo que no será capaz de amortiguar la angustia que, a buen seguro, las embargará por tener que verse de nuevo obligadas a poner los pies en lugar sagrado para dar tierra a sus muertos. Porque han vuelto a sonar las alarmas. El estremecedor silbo de tragedia ha bajado veloz por la ladera del monte, y se ha extendido de manera súbita por el valle, alcanzando aldeas y caseríos, igual como lo hace la temida bruma, tras la cual aparece el lobo aullando, el mayor enemigo de los pastores. Pero en este caso, la niebla no es sino una polvareda de partículas de hulla, y la dentadura de los fieros depredadores ha tornado en una tremenda explosión de grisú, a la cual ha seguido un derrumbe en las primeras galerías del pozo San Aurelio, donde son cargadas las vagonetas con el carbón extraído de las entrañas de la tierra a golpe de barrenos, dinamita, pica y pala.

El desconsuelo se apodera de las mujeres. Arracimadas para proveerse de calor frente al frío que procura la alianza entre la amanecida, la incertidumbre y la angustia, y con los semblantes desencajados por la ansiedad crónica, aguardan impacientes a que por la bocamina salgan por su pie todos los mineros que quedaron atrapados entre un amasijo de pilares y vigas de madera o sepultados bajo montañas de mineral, o que al menos se dejen oír noticias favorables sobre ellos. Les aliviaría escuchar un simple rumor sobre el estado de los accidentados, una palabra que les haga mantener viva la esperanza del reencuentro, el anhelo de poder fundirse con ellos en abrazos que habrán de consolidar con besos, pero también con caricias, con las que han repeler la inquietud que ahora machaca el ánimo de todas ellas, como si las hubiesen golpeado con un mazo de hielo.

Junto a las mujeres aguardan los mineros que pudieron escapar con vida de la devastadora deflagración. Sucios, heridos y medio asfixiados, no piensan marcharse del lugar hasta que saquen a cielo abierto al último de los mineros que están atrapados en el interior del pozo. Felisa no puede contener el llanto. Su marido la sostiene a duras penas, las piernas de la mujer sin apenas fuerzas para mantenerla en pie. Pero lejos de consolarla, el hombre la pulveriza con una mirada arisca, como si ella fuese culpable de que estén viviendo semejante trance.

—Ya te dije que esto iba a acabar mal. Pero claro, tú para qué ibas a intentar sacarle esas ideas de la cabeza, ¿verdad, mujer? —Nunca la llama por su nombre, una forma más de faltarle el respeto, de colocarla en un lugar inferior a él, que se jacta de ser el cabeza de familia por más que apenas lleva una hogaza de pan a su casa.

—Para decir pulmonías ya podrías cerrar esa boca que solo te sirve para pimplar a todas horas. ¡Y quítame las manos de encima! Si tú quieres irte al chigre del Eufrasio a ahogar tu pena, hazlo de una maldita vez, a ver si te ahogas de una puñetera vez en orujo y sidra. Pero yo, por más que esta espera me duela mucho más que me dolió su parto, no me muevo de aquí hasta que salga de ahí adentro, aunque sea con los pies por delante. ¿Te queda clara la cosa?

El marido va a responderle. Pero se lo piensa dos veces, y cierra la boca. Es su esposa mujer de carácter fuerte, y se da a valer por más que él siempre procure menospreciarla en público y en privado. Se conforma el hombre con mirarla con aires de desprecio, como si ella fuera la culpable de todos los males que asolan al mundo. Pero se mantiene a su lado, el gesto avinagrado, como si se estuviese tragando el orgullo a regañadientes. Felisa lo mira de reajo, con aires de aborrecimiento. Ella sí que está convencida de que él, y nadie más que él, es el verdadero responsable del

mal rato que están pasando. Porque cuando enfermó de silicosis, el hambre contagió la casa, infectando la despensa de carencias. Entonces, Aurelio, en lugar de buscarse otra faena, se dejó vencer por la amargura que embargó su carácter, y se dedicó a beber y a jugarse a las cartas los pocos cuartos que ganaba con las madreñas de nogal que elaboraba cuando le venía en gana, sin importarle un bledo la precaria situación económica en la que había quedado su familia, como si hubiese olvidado por completo que ya había una boda fijada, que habría de celebrarse en apenas unos meses. Jugar, beber y maldecir. Ese era el rosario de su existencia. Por eso, cuando una lágrima resbala por su ajado rostro, Felisa se lo recrimina con voz áspera, sin importarle que la oigan los presentes:

— ¿Lloras cuando no le has preguntado jamás si le agrada o si le resulta duro el trabajo en el pozo? Claro, hombre, para qué preguntar, si tú ya lo sabes por propia experiencia, ¿verdad? Pero podías haber escuchado de sus labios una respuesta; tan poca cosa le habría bastado para darle la alegría de que su padre se interesa por sus cosas, nada más que eso. Nunca le has preguntado si le da miedo adentrarse en la mina, o si le resulta penoso cargar y empujar las vagonetas hasta el descargadero, o si se le hace duro el lavado del carbón, que se está dejando las manos destrozadas con tanto trabajo, que no hay manera de sacarle la negrura que se le ha metido por debajo de las uñas. Pero para qué le ibas a preguntar, ¿no? Más sencillo te resulta estar siempre callado, malhumorado. Aunque para qué hablar... Mejor así, calladito, antes que andar diciendo las barbaridades que te hace decir el puñetero alcohol.

Felisa cesa la conversación cuando los gritos y llantos acompañan el momento en el que sacan varios cuerpos cubiertos con sábanas. Andrés sale de la mina llorando. Felisa echa a correr hacia él. El joven minero está consternado. Nada tiene que decirle a Felisa; sus ojos, anegados de lágrimas, transmiten las malas noticias, las peores, las que ella no quisiera escuchar. Se abrazan, Felisa lanzando alaridos afónicos, gritos que enmudecen en sus tripas y logran derrumbar la fortaleza que siempre brota en lo más hondo de su ser.

Felisa se deja caer a plomo sobre el cuerpo inerme. Lloro sin posible consuelo. Andrés trata de arrancar a la pobre mujer del cadáver, pero le resulta imposible; más fácil es arrancar el carbón de las entrañas de la tierra.

Al ver cómo introducen en la camioneta los restos mortales, Felisa se arma de entereza. Agarra con rabia el rostro de Andrés, incontenibles las lágrimas de ambos. Lo besa con cariño. Una y otra vez, su voz balbuciente por el llanto, le promete que amortajará a su novia con el vestido de boda, con ese vestido de boda que tantas

horas le robó con pespuntos a la luz del candil, y que Felisa terminó hace unos días de coserle a la hija que acaba de perder en el derrumbe de la mina.

A todas las mujeres que fueron carboneras, jugándose la vida sin ser reconocidas ni respetadas por muchos de sus compañeros mineros; a veces, tampoco por parte de sus familiares, no siendo pocas las veces en las que las tildaron de marimachos.

A ellas, que abrieron camino, esa senda tan ardua en la equiparación de deberes y derechos entre hombres y mujeres.

Gracias por dar ejemplo y por no desfallecer.